



Nada Más Que Naufragios

"Son de Mar", de Manuel Vicent—Premio Alfaguara 1999—aporta un relato ágil donde campea la corrosión de todo afán

El sexo como condena y el mar como muerte son el gran decorado frente al que se mueven los personajes de "Son de Mar", la reciente novela del gallego Manuel Vicent, galardonado con el Premio Alfaguara 1999.

Martina, una joven labradora, de sencillas formas y sueños rapaces, vive una vez a Yul Brynner "vestido de empujón en la popa del yate Son de Mar tomando unas copas de champagne que le servirá un mayordomo". La visión representará la concreción de sus fantasías abismales, aquellas que nada es capaz de jamás conjurar.

El héroe, única figura de cartón piedra, deploja de distantes y mundos adorables, es utilizado por Vicent como

híero que marca a fuego el devenir del relato. De hecho, Ulises Adesara, el amable profesor de literatura clásica, desgraciado, escuálido de cadenas, pulido y asustado, es amado con locura porque en él se connota el Brynner que una vez vio Martina.

"Son de Mar" es una novela de naufragios. En Naufragio, así, con mayúsculas, que significa toda vida dejada correr a su amado, sin rienda, sin dirección, sin imposiciones. Y la presencia del yate Son de Mar es definitiva: primero lujo, luego estruendo; luego eternamente presente, anclado en uno de los muelles del Puerto, y hacia el final reserido, a flote por milagro, que se hundió inevitablemente cuando se le insufla la vida que nunca debió recibir.

Ulises y Martina se topan, se miran, días y noches. En las mesetas de los leproso, allí bien arriba y bien adentro, en la oscura y húmeda caverna del proboscero, se ayudan con furor, logrando a Martina la preñez y a Ulises el todo del matrimonio. Porque claro, apurados debieron casarse, y el amor clandestino, de jinetes, se transforma en paseros arrastrando un cochecito por las avenidas frente al mar, ese mar que Ulises conoció en la inmadurez de sus relatos de héroes griegos, de Odiseo y Homero, ese mar cuyo son le llama con creciente fuerza.

El hastío del debilucho profesor por su vida en común con la redondeada Martina—hastío que Vicent no se molesta en señalar con detalle—hace

que el personaje, inesperadamente, entre en la esfera de sus legendarios videntes marinos y desaparece sin rastro por diez días. Su mujer lo busca, su hijo, su hija, su hija Pepa, práctica la libremera, terrible castidad en breve con su acasualado pretendiente de siempre, el especulador inmobiliario que acabó convertido en el hombre más poderoso del pequeño pueblo de la costa valenciana.

Hasta ahí, Son de Mar" se lee bien, con gusto. El enigma con que se inicia—esos cuerpos naufragos llegados al mar con ropa y flores de casorio—sirve perfecto para atar el interés. Mas, la reparación de Ulises con el pasado prometido diez años antes resulta forzada, burda, como la acción central que de ahí en adelante llena las páginas del premiado libro de Vicent.

Que un tipo se mande a cambiar no es novedad. Incluso ocurre todos los días, incluso después de salir sin nada más que un billete y decir "voy a comprar cigarrillos". Que regrese tiempo es tan extraordinario. Que regrese diciendo que "sí, Martina, eres la mujer de mi vida", resulta peligrosamente con la sensiblería cursi.

Vicent como que se apura, como que se deja llevar por lo que quiere decir, y el naufragio esencial lo agarra

todo a él como a sus personajes. Martina con su marido primario en calidad de amantes todavía pasa, pero que ella es de un encierro creciente, en una línea capilar y luego en el relato "Son de Mar, visita demorada. Ulises viajó diez años por el mundo, conoció decenas de mujeres, estuvo en ambientes de peligro, fantásticos y reales, por qué diablos se dejó encerrar tan sencillamente por una madura tabernera que no puede sublimar sus febriles? El tipo se transforma en instrumento sexual, como en esa película atraz donde un obeso amante termina—por el maldel al abandono—cortando en pedruzcos a su chica y manteniendo viva únicamente la cabeza.

Día tras día, Ulises vive el encierro entre cambios, que se aliven nada más cuando Martina quiere satisfacer su insostenible deseo. Es ella una devoradora, él un devorado que se deja, que nada hace, que nada dice. Vacío de todo menos de capacidad para responder a tanto arrebato erótico.

Mas, de sorpresa, ese tipo vació hecha a muerte con un condeño y lo vende. Luego echa a navegar el Son de Mar y lanza la frase para el brozo de rigor, que es respondida con igual brevedad empujón por Martina. Instantes después, todo se hunde, dilapidado-



se las resistencias en la sal marina igual que la champaña con que Ulises y Martina celebraban, igual que el "Son de Mar" que Manuel Vicent inició trececientas páginas atrás. Así, lo que queda tras la lectura es un sabor a acciones de matón: "Son de Mar" es literatura de ero-

J.P.D.

Nada más que naufragios [artículo] J.P.D.

Libros y documentos

AUTORÍA

J. P. D.

FECHA DE PUBLICACIÓN

1999

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Nada más que naufragios [artículo] J.P.D. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile